

“LA LUCHA POR LA VIDA” DESDE DENTRO

LOS tres volúmenes que componen la trilogía «La lucha por la vida» aparecieron en 1904 en Madrid. En el año anterior, el primero de ellos, «La busca», había visto la luz en «El Globo».

Hasta entonces, Baroja había publicado una serie de libros, bien de cuentos o novelas, de tema vasco y las dos primeras partes de la trilogía que tituló «La vida fantástica».

Es 1904, cuando Baroja se nos muestra como un novelista de raza. «La lucha por la vida» es, en su primera época de escritor, la obra más conseguida; en ella hay que resaltar su unidad de pensamiento, de concepción y de forma, que no sólo hasta entonces no había conseguido, sino tan siquiera intentado.

Se ha especulado mucho y de muy distintas maneras sobre la estructura de esta trilogía. Hay quienes ven en ella dos partes bien definidas; la primera que comprendería «La busca» y la primera parte de «Mala hierba», y la segunda, el resto de la trilogía. Otras posturas, posiblemente más acertadas, encierran en un bloque «La busca» y «Mala hierba», dejando aparte «Aurora roja» por entenderla completamente distinta. El propio Baroja, en cierta ocasión, se manifiesta partidario de esta última división. Nos dice: «En esta novela, tercera parte de «La busca», el asunto me obligó a abandonar el aire aparentemente subjetivo que había tomado en las dos anteriores, y puse en ella una retórica más apasionada» (1).

Por nuestra parte, nos inclinamos a considerar la obra en un bloque, pues no es la trama lo que separa a la última parte de las anteriores, ni que en ellas cambie el protagonista, como dicen otros; entendemos la tri-



logía como una obra completa, en la que vamos acompañando, capítulo tras capítulo, la ascensión que el protagonista, Manuel Alcázar, va alcanzando en la sociedad, y que abarca desde las últimas capas hasta un estado menos inestable, como es el mundo del obrero. Cada una de las novelas, de acuerdo siempre con Baroja, corresponden a tres distintas manifestaciones de la vida en comunidad.

Veamos al protagonista de «La lucha por la vida». Cuando nos lo encontramos. Manuel, apenas si es un niño. Viene de casa de sus tíos, donde al lado de su hermano Juan, ha pasado los años de la infancia. Baroja nos informa rápidamente de que ha sido la indiferencia de sus familiares hacia el muchacho lo que influyó sobre todo para que éste se encamine hacia su madre en Madrid, que trabaja como cocinera en una casa de huéspedes. Manuel se queda en la pensión; haciendo recados, recibiendo una lluvia de insultos... Unas obligaciones que terminan en una pelea con un huésped, por la que es despedido.

Si Manuel, al salir de casa de sus tíos en un pueblecito de Soria, inicia su peregrinaje en la vida, al salir de la pensión de doña Casiana va a comenzar su vagabundeo por la reducida área de Madrid; área, que como veremos, es el fin que se propone describir nuestro novelista. El mundo que rodea al personaje barojiano alcanza aquí todo su significado.

Baroja, antes de presentarnos a Manuel, nos hace respirar el ambiente que éste ha de sufrir en Madrid. La descripción de la pensión es minuciosa y muy lograda. Con una retórica poco habitual en Baroja, y en la que ciertamente no se siente a gusto y que en un momento dado abandona con cierto sarcasmo: «Yo, resignado, he suprimido estos párrafos por los cuales esperaba llegar algún día a la Academia Española, y sigo con mi cuento en un lenguaje más chabaçano» (2). El desfile de personajes se hace desde el primer momento abrumador, pero siempre con una fuerza descriptiva y plástica que los hace personajes humanos y no muñecos, y que dan un gran vigor al relato, logrando siempre un efecto evocador. Estos personajes secundarios que en bastantes ocasiones desfilan a un paso más que vivo, nos sitúan mejor que ningún otro recurso ante el héroe barojiano. Baroja, en cierta ocasión, apuntó: «Yo siempre he tendido a hacer descripciones por impresión directa, y, sea amaneramiento o costumbre, no podía hablar de un personaje cualquiera si no supiera dónde vive y en qué ambiente se mueve» (3). Y así, en «La busca», en su primera parte, conocemos toda una galería de hombres y mujeres que



arropan constantemente a Manuel; la vieja Petra, madre de éste. Doña Casiana, la dueña de la pensión, con sus riñas y peleas cotidianas con su clientela. Doña Violante, vieja prostituta, que vive en perpetuo peligro de ser abandonada por su hija y su nieta, a la que dificulta en sus lances amorosos. Roberto Hasting, estudiante y del que nos ocuparemos en repetidas ocasiones. Don Telmo, un usurero. La baronesa, una aventurera. El Superhombre. Un cura. Un tenedor de libros. Dos comisionistas...

Manuel, tras esta primera experiencia madrileña, y como consecuencia de la pelea con un cliente, sale de la pensión y se traslada a casa de su tío, un zapatero de los que compran material de desecho, y reúnen los tacones por un lado y los restos de las suelas, cuando las hay, por otro. Baroja nos conduce a los barrios castizos madrileños; nuevo paisaje urbano y nuevos tipos humanos. Su tío, el señor Ignacio, es una buena persona y de aspecto siempre tranquilo. Su mujer, la señora Leandra, por el contrario, destila a todas horas su mal humor. La familia se completa con dos hijos, Leandro y Vidal, prototipos del chulo y del golfo, respectivamente.

Aquí observamos ya un aspecto característico de Manuel; la facilidad con que se amolda a las nuevas situaciones, su capacidad de adaptación a un ambiente hasta ese momento desconocido.

Comienza Baroja a descubrirnos un mundo nuevo a los ojos de su personaje, y según nuestro autor, todavía no explorado por la literatura. Recorremos el corralón o la Corrala y conocemos a una buena parte de sus vecinos. J. de Entrambasaguas dice que «la descripción de la Corrala, ruínosa, sucia, que hace Baroja, poniendo de relieve su vivir amoral y miserable, a boca de presidio, con sólo algún caso excepcional, es uno de los fragmentos de la novela más cruelmente vigorosos» (4). Baroja resume en un par de párrafos la vida de toda aquella gente, dice: «Era la Corrala un microcasino; se decía que, puestos en hilera los vecinos llegarían desde el arroyo de Embajadores a la plaza del Progreso; allí había hombres que lo eran todo, y no eran nada: medio sabios, medio herreros, medio carpinteros, medio albañiles, medio comerciantes, medio ladrones» (5). «Vivían como hundidos en las sombras de un sueño profundo, sin formarse idea clara de su vida, sin aspiraciones, ni planes, ni proyectos, ni nada» (6).

Los ojos de Manuel captan esta realidad y sienten sobre su alma cómo



se tiende una negra amenaza para su futuro y, al mismo tiempo, una sensación de incapacidad para librarse de ella.

Manuel recorre en esta parte de la novela los parajes más miserables de Madrid, parte que acaba con el encuentro de Manuel y la muerte. Leandro, su primo, se quita la vida, dándose tantos navajazos que no se pudieron contar, después de haber matado a su antigua novia.

Manuel, nuevamente sufriendo las consecuencias de los hechos del mundo que le rodea, pasa bajo la dependencia del tío «Patás», comenzando así un período más tranquilo, aunque no por eso mejor. El tío «Patás» tenía su tragedia que llevaba con resignación y acomodo. Al poco de quedarse viudo se casó con una joven que a los pocos meses se entendía con su hijo. Entonces, la mujer, para arreglar un poco la situación, fue en busca de su hermana e hizo que se amontonara con su marido. En este ambiente familiar Manuel «tenía que levantarse al amanecer, abrir el puesto, soltar los fardos de verdura que subía un mozo de la plaza de la Cebada, e ir tomando el pan que traían los repartidores. Después, barrer la tienda y esperar a que se levantara el tío «Patás», su mujer o su cuñada. Al llegar alguno de ellos, Manuel abandonaba el mostrador, y con una cesta pequeña en la cabeza iba con el pan a las casas de los parroquianos de la vecindad. En ir y venir se pasaba toda la mañana. Por la tarde era más pesado el trabajo: Manuel tenía que estarse quieto detrás del mostrador, aburriéndose, vigilado por el ama y su cuñada» (7). Pero esta nueva situación solamente dura tres meses. La Petra, su madre, le busca una nueva colocación en una tahona de la calle del Horno de la Mata. Y aquí el trabajo es penoso. Manuel no termina de amoldarse a esta nueva vida. Manuel, «no acostumbrado a sufrir el calor del horno, se mareaba; además, al mojar los panes recién cocidos se le quemaban los dedos y sentía repugnancia al verse con las manos inflamadas de grasa y de hollín» (8). Todo allí era incómodo. A la hora de dormir, a su lado, un viejo, mozo de tahona, enfermo de catarro crónico por la infiltración de harina en el pulmón, se pasaba la noche garga-jeando. Y a la hora del trabajo todo se volvía insultos y golpes; le llamaban: «Choto», «Golfo», «Barriga»...

Manuel cae enfermo y vuelve a la pensión de doña Casiana a reponerse. Pero una vez curado, ya sea por influencia de la primavera, o por las lecturas de novelas de Paúl de Kock y de Pigault-Lebrun, Manuel se siente enamorado de la sobrina de la patrona, y de acuerdo con ella, de-



cide poner en práctica las teorías amorosas de los dos escritores en el desván. Pero son sorprendidos, y las consecuencias no se hacen esperar; Manuel se ve nuevamente en la calle.

Manuel, solo, a la mañana siguiente, se acerca a su paisaje favorito, el Viaducto y a la calle de Segovia, comenzando así un vagabundeo por una serie de parajes madrileños donde la vida aparece envilecida, donde sólo se entiende al hombre en una aguerrida lucha con su existencia.

Manuel cae de hecho en el hampa, en la golfería abonada en la cárcel. Se une a su primo Vidal y a un amigo de éste, el «Bizco», tipo siniestro y sin escrúpulos. Ambos llevaban una existencia completamente asocial. «A veces el «Bizco» y Vidal —nos dice Baroja— habían pasado malas épocas, comiendo gatos y ratas, guareciéndose en las cuevas del cerrillo de San Blas, del Madrid Moderno y del cementerio del Este; pero ya tenían su apaño» (9). Robaban. Y su primo, en esta circunstancia, le propone que se una a ellos, formarán una cuadrilla. Manuel consiente, aunque siente miedo. En el fondo de su alma se alza con insistencia el pensamiento de que tiene que dar un nuevo giro a su vida; pero ¿cuál? Manuel no lo sabe.

Y para ser más abrumadora esta situación, muere su madre. Con ella acaba algo, que sin notarlo, le unía a la vida comunitaria. Ahora quedaba solo y libre, y sin encontrarse preparado para afrontar el futuro. Se une a un golfillo que, al conocerle, por toda respuesta a la pregunta de dónde vivía, le dice «yo no tengo padre mi madre» (10). Con este golfo recorre el Observatorio y conoce un estado del hombre donde sus formas se confunden con las del animal dañino.

Y más adelante, con Vidal, conoce el centro de Madrid; va a un teatro formando parte de la «clac». Vidal le confía sus pretensiones: «Hay que dejar las afueras y meterse en el centro» (11). Pero Manuel se siente incapaz de secundar a su primo, algo en su interior le obliga en el último momento a no dejarse llevar por la inercia. Prefiere seguir a un trapero, del que huye, no por sentirse incapaz de seguir un trabajo, sino por su amor propio al sentirse rechazado por la hija del trapero, la Justa.

Hasta ahora hemos visto los hechos, aventuras, sentimientos y penalidades de Manuel. Una odisea dolorosa de un alma que rezuma en todo instante limpieza y bondad. Traigamos a este punto el concepto barojiano del «golfo», ya que nos facilitará la entrada a la estructura de la tri-



logía, que en ningún momento responde a un capricho, sino a una postura crítica y amiga de repartir las cosas según el lugar que deben ocupar.

El golfo, hermano gemelo del vago, afín con él en muchas cosas y diametralmente opuesto en tantas otras, según Baroja, no forma por sí mismo un peldaño de la sociedad ni es un producto exclusivo de la clase inferior. Para nuestro autor, el golfo puede aflorar, y de hecho ocurre así, en todas las clases sociales. Baroja, en su artículo «Patología del golfo»; precisa: «El golfo no es un mendigo, ni un ratero, ni un desocupado; es una forma que ha nacido de nuestro raquíptico medio social, es un tipo separado por una causa cualquiera de su medio ambiente y que reúne en sí mismo todas las aspiraciones de su clase» (12). Este tipo nuevo en la sociedad, y que Baroja achaca, como tantos otros males, a la democracia española que «no ha sido más que un camino abierto a todos los deseos mezquinos y malsanos» (13), lo encontramos en todos los lugares imaginables; apoltronado en una butaca de teatro, perdiendo y haciendo perder el tiempo en las Universidades, correteando por las escombreras... Un aristócrata que se arruina por eso no pasa a ser un burgués, es algo que queda colgando de la clase social en que nació. Entre los golfos de la clase media el matiz distintivo se lo proporciona la profesión..., el medio en que se desenvuelve. En las clases bajas, el golfo, más abundante si cabe que en las superiores, se siente empujado a esta vida desde el mismo momento que nace. El golfo, por instinto, actúa en la vida por el principio de que para conseguir una cosa la línea más corta es la que está fuera de toda moral, comenzando así «los equilibrios del golfo entre dos Códigos».

Resume Baroja: «el golfo es un hombre desligado por una causa cualquiera de su clase, sin las ideas ni las preocupaciones de ésta, con una filosofía propia, que es, generalmente, negación de toda moral» (14).

En un artículo publicado por Baroja en «El Globo» en 1902, titulado «Mala hierba», nos facilita una clasificación de las distintas variedades de la golfería, y que junto a las apuntadas en el artículo citado anteriormente, nos facilita un punto de vista inédito para el análisis de esta triología y otras obras. En primer lugar tenemos la golfería aristocrática, compuesta por los clásicos vividores, por señores de trato refinado..., que viven «unos, de la pensión que les pasan sus mujeres, otros, del dinero que sacan a sus queridas...» (15). Los argumentos que utilizan son varios; unos su virilidad, otros todo lo contrario, y algunos su destreza



en el manejo de las armas. Esta golfería la vemos discurrir por las páginas de «Las noches del Buen Retiro» y en alguna otra.

A continuación figura una golfería política y financiera, la que encontramos en las páginas de «César o nada». En esta golfería bullen desde el humilde gacetillero hasta el que ha logrado asirse a la nómina de un Ministerio y recibe por ventanilla un mullido sobre al final de mes. En esta golfería, donde tan amplia representación tiene la clase media, mejor preparada intelectualmente que la aristocracia, abundan una serie de tipos capaces de inventar toda clase de industrias para sobrevivir y que van desde el chantajista hasta el abogado picapleitos, auténticos pozos de ciencia en cuanto se refiere a la estafa legal.

Otra golfería es la intelectual, que en los primeros años del siglo XX no podía estar mejor representada que por los anarquistas, y que pueblan la mayor parte de «Aurora roja».

Y un grado más bajo es la golfería que ocupa el centro de Madrid. «Este mundo comienza en el organillo que se llama a sí mismo pianista, y concluye en el presidente de cualquier Círculo o Casino, o un buen señor que gasta coche y se tutea con el delegado del distrito. En esta honrada congregación están comprendidos muchos de esos tipos, mixtos de chulos y de polizontes, que se ven a altas horas de la noche en los colmados y tabernas de Madrid, los croupiers, los pinchos de las casas de juego y los matones» (16). Y es en este mundo, en «el centro de Madrid», donde se desarrolla la abigarrada vida de Manuel, que nos es descrita en la segunda parte de «La lucha por la vida». Su primo Vidal es el que le introduce en esta esfera social, a pesar de su deseo, como vemos expresado en las últimas palabras de «La busca», «Comprendía que eran las de los noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas que no llegaban ni un momento a encontrarse. Para unos, el placer, el vicio, y la noche; para otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía de ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra» (17).

Y por último, tenemos la golfería descrita en «La busca». Siempre en la boca de la cárcel, viviendo de la busca, pidiendo limosna, «mangando» lo que se puede..., en perpetua vida extrasocial.

En «Mala hierba» encontramos a Manuel viviendo en medio de la bohemia artística y periodística. Conocemos las tertulias de escritores, pintores..., y de todo aquel que estuviera dispuesto a hablar mal de su pró-



jimo por el mero hecho de serlo. Dice Baroja de ellos, que «tenían, como las mujeres, el afán de complicar la vida con miserias y pequeñeces, la necesidad de vivir y desenvolverse en un ambiente de murmuraciones y de intrigas» (18). La novela continúa con situaciones en las que vemos a personajes ya conocidos, tal como Roberto Hastings..., y otros que se nos presentan inéditos, como Bernardo y Esther Volowich, que después de casarse abren un estudio fotográfico en el que colocan, aunque por poco tiempo, a Manuel. De allí, nuestro héroe pasa bajo la tutela de Bonifacio Mingote, personaje que figura en las dos novelas de Paradox. Es este hombre todo un ejemplo de hombre tramposo, de ingenio de estafas, de farsante... Don Bonifacio no encuentra mejor ocupación para Manuel que la de hijo de una Baronesa, que al final viene a ser la conocida por Manuel en la pensión de doña Casiana. En este oficio, Manuel representa el papel del fruto habido de los amores de la Baronesa con un pobre hombre, que desde el primer momento no opone ninguna resistencia a dar todo el dinero que se le pide.

Y después de esta comedia, Roberto lo coloca de aprendiz en una imprenta. En esta parte del libro asistimos a una cabalgata de personajes que abarcan desde los cajistas hasta los redactores. Y poco después, Manuel, ahora en compañía de Jesús, también trabajador en la imprenta, se sale del trabajo, iniciando un nuevo vagabundeo por los parajes más miserables de Madrid.

Manuel termina cayendo en la cárcel de la que sale por decir que trabaja en un periódico.

Y ya entramos en la última parte de la novela, en la que vemos a Manuel nuevamente unido a su primo Vidal, aunque ahora no andan por las afueras, ahora ocupan el centro de Madrid, viviendo del juego y de la estafa, formando parte de una sociedad capitaneada por alguien de las altas esferas. Manuel, en este tiempo, vive con la Justa, la hija del trapero, ya en «la vida» desde que el «Carnicerín», su novio, la abandonó una vez forzada. Manuel se amolda a esta vida fácil, aunque en su interior siempre guarda el rescoldo de los buenos deseos. «Manuel se iba acostumbrando a aquella vida y a sus nuevas amistades; no se atrevía a intentar un cambio de postura por pereza y por miedo. Algunos domingos por la tarde, la Justa y él marchaban de paseo a los Cuatro Caminos y a la Puerta de Hierro, y cuando no reñían, hablaban de sus ilu-



siones, de un cambio de vida, que vendría para ellos sin esfuerzo, como una cosa providencial» (19).

«Mala hierba» acaba con la muerte de Vidal a manos de su antiguo socio el «Bizco», y con las peripecias que suceden a este hecho. Conocemos las presiones a que se ve sometido el juez que lleva el caso, las andanzas de Manuel al colaborar con la policía en la captura del «Bizco».

Hemos visto en las páginas anteriores algo del mundo que rodea a Manuel en su constante odisea; mundos cerrados, dolorosos, faltos de calor humano,... pero ¿quién es Manuel? Ante todo hay que señalar en él un fondo de bondad, que es el que no le deja caer en el mal. A lo largo de las novelas que hemos visto, Baroja nos lo recalca una y otra vez. Ahora bien, si su buen fondo no le deja anegarse en el ambiente, tampoco puede alcanzar la orilla del trabajo honrado por su falta de voluntad y de decisión. Manuel se deja llevar. A veces da nuevos giros, pero nunca lo pretende de una forma decisiva. Manuel es un alma inocente que a cada paso está sorprendiéndose de la maldad de los demás. Sus reacciones, desde el mismo momento en que lo conocemos, son espontáneas. Manuel es un espíritu observador; todo lo que sucede en su alrededor le marca. Es el final de «Mala hierba: Manuel, como si hubiera entrado en la madurez, se alza contra el mundo que le rodea, que le ha acosado, y lo maldice. «Manuel sentía una sorda irritación contra todo el mundo, un odio, hasta entonces amortiguado, se despertaba en su alma contra la sociedad. Y rabioso invocó a todos los poderes destructores para que redujesen a cenizas a esta sociedad miserable» (20).

En «Aurora roja» vamos a asistir a la regeneración social de Manuel. «Manuel había llegado a encarrilarse, a reglamentar su trabajo y su vida» (21) nos dice Baroja al principio de la novela. Vive con la Ignacia, su hermana, que ha quedado viuda, y con la Salvadora. Es una existencia tranquila, en buena armonía con sus vecinos. «La vida transcurría tranquilamente, sin disputas, sin grandes satisfacciones; pero también sin dolores» (22).

Pero un buen día este sosiego se rompe con la presencia de su hermano Juan, del que tenemos noticias en el prólogo de este tercer libro, cuando deja los estudios del Seminario. Es escultor, y viene de París defraudado del mundo artístico, pero entusiasmado con su trabajo.

Baroja nos relata un mundo totalmente nuevo al conocido en los dos volúmenes precedentes de «La lucha por la vida». Nos lleva a la Expo-



sición de Bellas Artes, en las que participa Juan con dos obras: «Los rebeldes», y un busto de la Salvadora.

Pronto las aspiraciones de los dos hermanos hacen que entre ellos surja una tierra de nadie, que día a día ha de unirlos por un lado, y separarlos por otro y haciendo que Manuel se comporte como un Ángel de la Guarda de su hermano. Juan se hace anarquista, en un primer momento más intelectual y literario que otra cosa, pero que por su manera de ser, ha de desembocar en un anarquismo de acción. Manuel, que no ha estudiado, se siente incapaz de sujetarle. Manuel, ante el juez, refiriéndose a esta tutela, dice: «Si pudiera, crea que lo haría; pero no tengo influencia para eso» (23).

Baroja nos guía por el mundo de los anarquistas; por sus tertulias, por sus mitines, por sus disputas...

«Aurora roja» y con ella la trilogía, termina con la muerte de Juan, después de un fallido atentado contra el rey, que ha puesto claro ante sus ojos la verdadera consistencia de la anarquía en España.

Manuel queda siendo propietario de una imprenta, y casado con la Salvadora; siendo poco más o menos, lo que su hermano llamaba «ser un burgués».

Vislumbrando el escenario sobre el que se han desarrollado la acción de la trilogía, vamos a entresacar una serie de fuerzas que han obrado sobre Manuel, y que han contribuído a modelarle. Veamos solamente cuatro de ellas; en primer lugar tenemos a Roberto Hasting, personaje que acompaña a Manuel desde los tiempos de la pensión de doña Casiana. Para Manuel, Roberto es un ejemplo de voluntad, de pundonor, de trabajador, de justiciero, de enamorado, de desprendido...

Roberto Hasting mantiene una misma línea de conducta a lo largo de la trilogía. No sufre desfallecimientos en sus ilusiones por difícil que sea el momento por el que pasa. Su postura voluntariosa es inquebrantable, llegando a parecer en más de un momento un presuntuoso aloca-do. Su amor por Kate, la hija de la Baronesa, a la que conoce de niña, no sufre ninguna merma a lo largo de los años y de las ausencias.

Su constancia en el trabajo llega a aturdir a Manuel. Una mañana, al despertarse éste en la bohardilla de Roberto, se lo encuentra en plena faena. En un alto, Roberto le explica su plan para el día: «Ahora, des-



pués de traducir invariablemente diez páginas, voy a la calle de Serrano a dar una lección de inglés; de aquí tomo el tranvía y marchó al final de la calle Mendizábal, vuelvo al centro, me meto en la casa editorial y corrijo las pruebas de la traducción. Salgo a las doce, voy al restaurante, como, tomo café, escribo mis cartas a Inglaterra y a las tres estoy en la academia de Fischer. A las cuatro y media voy al colegio protestante. De seis a ocho paseo, a las nueve ceno, a las diez estoy en el periódico y a las doce en la cama» (24).

Antes, en «La busca», Roberto le dice: «Hazme caso, porque es verdad. Si quieres hacer algo en la vida, no creas en la palabra imposible. Nada hay imposible para una voluntad enérgica. Si tratas de disparar una flecha, apunta muy alto, lo más alto que puedas; cuanto más alto apuntes más lejos irá» (25). Pero Manuel en rara ocasión entiende este lenguaje. Las más de las veces se limita a mirar con asombro a su amigo y a encogerse de hombros.

Por último, lo vemos en «Aurora roja». Roberto es el que le presta el dinero que Manuel necesita para establecer una imprenta.

Roberto Hasting, sin ejercer una influencia constante sobre Manuel a lo largo de la obra, es un verdadero guía, un modelo a seguir.

Por otro lado tenemos sobre Manuel la influencia de su primo Vidal. Es este el tipo característico de vividor, de ladrón, de oportunista... En su alma anida una maldad casi enfermiza. Es cobarde, supersticioso, achulado...

Manuel, como siempre que roza de cerca o de lejos la delincuencia, siente algo que le hace rechazarla. Manuel nunca acepta la vida que le promete y proporciona su primo.

Y es evidente que más que ninguna otra cosa, es la violenta muerte de Vidal, lo que le impone el recto camino a seguir.

Y aquí, ya en el camino del trabajo, Manuel encuentra una persona que le ayuda sin descanso; la Salvadora. ¿Quién es esta muchacha? La Salvadora es ante todo una verdadera mujer, y que guarda en su alma un bagaje de energía que no posee Manuel. Cuando Roberto se despide de ellos, como pasándole una tarea, le dice: «Sí, usted debe de curarle, que seguramente tiene más sentido que Manuel. Al artista no le conozco. A éste, sí, desde hace tiempo, y sé como es: muy buen chico; pero sin voluntad, sin energía. Y no comprende que la energía es lo más grande; es como la nieve del Guadarrama, que sólo brilla en lo alto. También la



bondad y la ternura son hermosas; pero son condiciones inferiores, de alma humilde» (26).

Y pronto es esta mujer, apasionada, cariñosa, sacrificada, trabajadora,... la que impone el ritmo de vida en la casa. La Salvadora representa para Manuel la seguridad, la firmeza.

Y en último lugar de estas influencias tenemos la de su hermano Juan. Si Roberto representa el espíritu práctico, si Vidal el espíritu vicioso, si la Salvadora el espíritu emprendedor y práctico, Juan, por el contrario de todos ellos, es el espíritu desprendido, el espíritu immaculado, el espíritu romántico.

Desde el primer momento en que irrumpe en la vida de Manuel, éste se siente fascinado hacia él. Juan lo sabe todo, lo hace todo, lo discute todo, opina sobre todo... Pero pronto esta fascinación se quiebra. Manuel se da cuenta que está ante un apóstol al que hay que querer y admirar, pero no seguir.

En «La busca», de niños, ya se nos anuncian estas dos maneras de ser. Manuel «gozaba de un carácter ligero, perezoso e indolente» (27), mientras que Juan era de un «sentimentalismo enfermizo que se desbordaba en lágrimas por la menor causa» (28). Cuando al cabo de los años los dos hermanos se encuentran, están marcados por una experiencia bien distinta. Juan entraba en la vida con un sentimiento de libertad hasta entonces desconocido. Manuel, por el contrario entraba en un período de trabajo constante.

Nuevamente Manuel sufre una influencia externa a él. Sin embargo ya no se saldrá del camino que se ha trazado. Asiste con Juan a reuniones de anarquistas, está junto a su hermano en las idas y venidas de éste... Manuel se siente protector de su hermano, para él es un hombre bondadoso y angustiado no hecho para vivir en este mundo miserable.

Baroja, con una técnica «más latente que visible» (29) como dice Entrambasaguas, nos ha relatado la vida de Manuel. La acción se desarrolla por medio de personajes y mundos desconocidos ante los que el héroe reacciona. En cierta ocasión nos dice que al cabo de un rato de llevar un carretón no se nota si es uno el que lo lleva o es el carretón el que tira de uno. Así está escrita esta novela, y así es esta historia. Manuel no sabe si es él el que «empuja los acontecimientos o si son los acontecimientos los que le arrastran a uno» (30).

Por último, sólo nos resta hablar del fin que persiguió nuestro nove-



lista con «La lucha por la vida». Hay quien ha dicho que esta trilogía es una descripción del mal, encontrada por Baroja en el submundo madrileño. No lo creemos. Baroja no es amigo de abstracciones. Su intención camina por lugares más limitados. Baroja trata de reflejar una realidad que pertenece a una sociedad. No son unas cuantas vitrinas con sellos deficientes, como dice Torrente Ballester, sino unos sellos que completan la colección. Baroja no describe el mal sino la naturaleza humana que para él es deficiente.

Nos dice Azorín que Baroja es «un pesimista irreductible» (31). Otros hacen más llevadera esta concepción del novelista, Federico de Onís resalta que en el fondo del arte de Baroja hay una filosofía «que sería pesimista, si no fuera tan ingenua y sincera, si no llevase dentro de sí todo lo grande y lo pequeño, si no estuviera toda ella teñida de humorismo consolador» (32).

Baroja, a lo largo de su obra, nos dice mil veces que únicamente el hombre solo, sin otra ayuda que él mismo, puede librarse de este camino siempre doloroso y rudo. Predica el individualismo como su única salvación. Esta postura no participa ni del pesimismo del derrotista, ni del optimismo del anarquista que concibe como razón de sus más diversas posturas el que la sociedad puede regirse sin leyes, sin clases, sin propiedad... El individualismo de Baroja participa de ambas posturas: de un pesimismo que hace replegarse sobre sí mismo, y del romanticismo de los segundos. El individualismo, desde su soledad, está en constante antagonismo con la sociedad, en lucha con ella, en perpetua acción sobre ella.

«En el fondo no hay más que un remedio y un remedio individual: la acción. Todos los animales, y el hombre no es más que uno de ellos, se encuentran en un estado permanente de lucha: el alimento tuyo, tu mujer, tu gloria, tú se lo disputas a los demás, ellos te lo disputan a tí. Ya que nuestra ley es la lucha, aceptémosla, pero con tristeza, con alegría. La acción es todo, la vida, el placer. Convertir la vida estática en vida dinámica; éste es el problema. La lucha siempre, hasta el último momento, ¿por qué? Por cualquier cosa» (33) —dice Roberto, refutando a optimistas y pesimistas—. Ideología ésta que sólo tiene comparación con la que resume la frase de Hobbes: «El hombre es un lobo para el hombre».



NOTAS

- (1) BAROJA, «Mis mejores páginas», Ed. Mateu pág. 18.
 (2) BAROJA, «La busca», Ed. Caro Raggio, pág. 64.
 (3) BAROJA, «Mis mejores páginas», pág. 12.
 (4) ENTRAMBASAGUAS, «Las mejores novelas contemporáneas», II, Ed. Planeta, pág. 1332.
 (5) BAROJA, «La busca», pág. 90.
 (6) » » » 91.
 (7) » » » 180.
 (8) » » » 185.
 (9) » » » 195.
 (10) » » » 204.
 (11) » » » 244.
 (12) » «Obras Completas», Tomo V, pág. 55.
 (13) » » » » » 56.
 (14) » » » » » 56.
 (15) » » » » » 56.
 (16) » » » » » 41.
 (17) » «La busca», pág. 294.
 (18) » «Mala hierba», Ed. Caro Raggio, pág. 21.
 (19) » » » » » 219.
 (20) » » » » » 265.
 (21) » «Aurora roja», Ed. Planeta, pág. 41.
 (22) » » » » » 47.
 (23) » » » » » 283.
 (24) » «Mala hierba», pág. 18.
 (25) » «La busca», pág. 106.
 (26) » «Aurora roja», págs. 289-290.
 (27) » «La busca», pág. 32.
 (28) » » » » 32.
 (29) ENTRAMBASAGUAS, «Las mejores novelas contemporáneas», 1334.
 (30) BAROJA, «Aurora roja», pág. 105.
 (31) AZORÍN, «Obras Completas», Tomo VIII, pág. 158.
 (32) VARIOS, «Pío Baroja y su mundo», Ed. Arión, II, pág. 166.
 (33) BAROJA, «Aurora roja», pág. 295.

